

hableis jamas de vuestros amores ni de los míos..... sobre todo lo demas nos entenderemos bien.... vuestra amistad quedará siendo para mí un gran recurso..... y espero que la mia podrá seros tambien útil.

Madame d'Hernany la acercó á su pecho y la abrazó estrechamente.

—¡Gracias!—dijo.

Retiráronse á sus habitaciones. Dos horas más tarde, el dia naciente encontraba á Juana sentada al borde de su lecho, húmedas las mejillas por el llanto y fijos los ojos en el vacío.

IV.

Nada hay que turbe más profundamente nuestro estado moral que descubrir los desfallecimientos de aquellos que personifican para nosotros el bien y el honor, ya sean nuestros parientes, ya sean nuestros amigos. Cuando dejamos de estimar á aque-

llos en quienes habiamos colocado nuestra confianza y nuestro respeto, nos sentimos arrastrados á dudar de las virtudes mismas de que eran para nosotros la imágen sensible. Los falsos ídolos nos hacen sospechar de la religion misma.

Por esta razon, especiosa, pero muy humana, fué por la que Mme. de Maurecamp, despues de haber reconocido amargamente la indignidad moral de su amiga, cayó en un estado de duda y de abatimiento tan penoso como lleno de peligros. De un carácter demasiado elevado para romper ruidosamente una amistad que le habia sido tan querida y que era tan pública, no dejó por eso de sentir que aquella amistad habia muerto. Sin duda ella habia amado en Mme. d'Hernany sus cualidades reales, pero más aún las que ella le habia concedido. La aureola radiante que le habia puesto en la frente estaba apagada para siempre, y lo que es más triste, apagada en el fango, como un sol de fuegos artificiales. Hubiérale perdonado un amor

que, aunque culpable, hubiera sido justificado por el objeto; hubiérale perdonado Petrarca, Dante ó Goëthe, pero no le perdonaba el bello Saville. No le perdonaba su hipócrita afectacion para cubrirle de ridículo; no le perdonaba, sobre todo, que hubiera intentado desmoralizarla á ella misma, exponiéndole con orgullo satánico sus depravadas teorías; y tanto ménos se lo perdonaba, cuanto que sentia que lo habia en parte conseguido, y que poco á poco el veneno iba filtrándose por sus venas.

En efecto, bajo la impresion de este nuevo desencanto, Juana de Maurescamp vivia en el mundo con ménos ilusiones y optimismo que ántes. Observó con vista más experimentada lo que pasaba á su alrededor; muchas expresiones que le habian parecido calumnias, le parecieron entónces verosímiles; muchas amistades que habia creído inocentes, se le hicieron sospechosas. Despues de haber visto en el mundo más virtudes de las que realmente hay, empezó á creer que no habia ninguna.

Empezó á preguntarse si no sería cierto, como le habia dicho Mme. d'Hernany, que ella era única en su especie; si sus sentimientos y sus ideas sobre la vida, y en particular sobre el amor, no serian únicamente producto de una educacion artificial y de una imaginacion engañada por las mentiras de los poetas; si el placer, en fin, tal cual era en la realidad, no valia más que nada.

Es un espectáculo conmovedor y lleno de emociones el de una mujer jóven y honrada, cuando llega á esta etapa casi inevitable de la vida mundana, revolviéndose en medio de estas angustias, y sintiéndose á punto de caer bruscamente de un exceso de ideal á un exceso de realismo.

Á más de los filósofos, hay siempre gran número de curiosos que siguen con interes estos dramas íntimos. El mundo está lleno de gentes que nada mejor tienen en que ocuparse, que esperar, por otra parte, sacar algun provecho del desenlace, y que se esfuerzan, por consiguiente, para

apresurarlo. Uno de los más ingeniosos en ese género era por entónces el Vizconde de Monthelin, muy conocido en la sociedad parisiense. Monsieur Monthelin amaba exclusivamente el amor, y ya esto era para él un título á los ojos de las damas. No jugaba, no fumaba, no asistia al círculo. Cuando, despues de comer, todos los invitados se dirigian al salon de fumar, él se quedaba con las mujeres. Todo esto le daba grandes ventajas, de las cuales abusaba con placer. No era ya jóven, pero era todavía elegante, decidior, de maneras distinguidas, y tenía un corazon que era una verdadera sentina de corrupcion. Habia consagrado su existencia, ya larga, á espiar los matrimonios que estaban en peligro, y á rematarlos. Era su especialidad. Dos ó tres duelos afortunados—uno de ellos con el conde Santiago de Lerne, que le habia llamado el tiburón de los salones—habian completado su reputacion.

En el invierno que siguió á la temporada que pasaron las dos amigas en Deau-

ville, vióse claramente que M. de Monthelin miraba á Mme. de Maurescamp como una presa ya casi madura. Viósele estrechar sus relaciones de amistad con M. de Maurescamp, al mismo tiempo que estrechaba el círculo de sus operaciones al rededor de su mujer. Sus visitas fueron siendo más frecuentes; procuró cruzarse siempre con ella en el Bosque, y se presentó en su palco con regularidad, los viérnes en la Ópera, y los mártes en el teatro Frances.

En su profundo abatimiento moral y en su aislamiento desesperado, Juana sufría, casi sin defensa, la fascinacion que ejerce siempre sobre su sexo la voluntad firme y determinada de un hombre. Sentíase poco á poco como dominada por un vértigo en medio de las sábias y continuas evoluciones que M. de Monthelin describia al rededor de ella. La jóven no tardó en concederle esos pequeños favores que son el preludio rutinario de un abandono completo. Así fué como adquirió la costumbre

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIV. DE T. HIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

de informarle de las visitas que pensaba hacer, de las casas en donde podria encontrarla por el dia; indicábale tambien las horas en que era más probable que la encontrára sola en su casa; y en los bailes, como él no bailaba, ella le reservaba algunas piezas sentada; es decir, ocasiones de hablar á solas detras del abanico, á la sombra de una cortina ó bajo las palmeras de una estufa. Estos manejos, á falta de otra cosa mejor, le producian cierta turbacion que la ocupaba; la emocion del peligro, excitando sus nervios, le causaba la ilusion de un interes verdadero. En resumen: la pobre y noble Juana estaba probablemente en vísperas de la más vulgar caida, cuando un nuevo personaje intervino en la accion.

Era una mujer, una vieja, la Condesa de Lerne, madre de aquel Santiago de Lerne que habia sido herido en duelo algunos años ántes por M. de Monthelin. Madame de Lerne habia sido siempre una mujer sin principios, pero muy inteligente.

Habia tenido el buen gusto de no aparecer gazmoña despues de haber sido más que coqueta. Su indulgencia para las debilidades que ella habia conocido, su buen humor, su buen consejo, su posicion de familia y de fortuna, le aseguraban, no obstante los recuerdos un poco alegres de su juventud, la simpatía general. En su salon, muy solicitado, reuníanse las eminencias de la política, de la literatura y de las artes, á las cuales se mezclaban algunas mujeres bonitas como para adornar el presagio. Juana de Maurescamp, con su elegante belleza y su tímida superioridad, era uno de los encantos de aquel salon modelo; no habia atenciones ni halagos que la vieja Condesa no le prodigase para atraerla y retenerla. Dos razones la movian principalmente: la primera, podia confesarse, era realzar el brillo de sus recepciones; la segunda, ménos ortodoxa, era hacer de Mme. de Maurescamp la querida de su hijo.

Hacia siete ú ocho años, aquella señora

habia perdido el mayor de sus dos hijos, Guy de Lerne; el segundo, Santiago, acababa de salir del colegio de Saint-Cyr cuando murió su hermano, y viendo sola á su madre, presentó su renuncia para vivir al lado de ella. Era un jóven bien dotado, que hubiera podido ciertamente, si lo hubiera querido, llevar sus dones naturales hasta el talento. Pintaba con mucho gusto preciosas acuarelas; pero sobre todo, era excelente músico. Algunas de sus composiciones, walses, canciones, sinfonías, eran de sobresaliente mérito. Mas ya sea por indolencia natural, ya por el desencanto de ver su carrera truncada, no pasó de simple *dillettante*, y lo que es peor, llegó á convertirse en un tronera. Excepto en los salones de su madre, donde el deber le retenia, veíasele frecuentar muy poco la buena sociedad, con la cual no parecia complacerse; en cambio, frecuentaba mucho otra clase de sociedades en que hallaba más agrado. Madame de Lerne pensó ante todo en casarle, hay que hacerle esta jus-

ticia; pero le encontró tan recalitrante en este punto, que tuvo que conformarse con la idea de buscarle una relacion que le sacase al ménos de las malas compañías. Desde hacía largo tiempo habia fijado sus miradas para este loable objeto en Juana de Maurescamp, cuyo siniestro conyugal no habia escapado á su vejez experimentada. Sin entrar con su hijo, respecto de esta cuestion, en explicaciones impropias, formó sus planes, contribuyendo con todas sus fuerzas á realizarlos, para lo cual no dejaba pasar ocasion alguna de hacer que resaltáran á los ojos de su hijo los méritos y perfecciones de aquella jóven seductora. Pero Santiago de Lerne, aunque evidentemente notaba la extremada belleza de Juana y la superioridad de su inteligencia, no habia parecido mostrar más que una indiferente curiosidad. Entónces fué cuando la Condesa, que atentamente vigilaba á la jóven, viéndola en peligro de caer bajo la garra de M. de Monthelin, resolvió intentar algun recurso heroico, mitad por

el interés que le inspiraba su hijo, mitad por el odio que sentía contra aquel hombre que había estado á punto de matarle.

Una mañana escribió á Juana para hacerle saber que, salvo contraórden, iría á verla á las tres, porque tenía que confiarle algo importante y agradable. Juana, algo sorprendida de aquel misterio, la esperó. Á la hora expresada, vióla entrar en su gabinete seguida de un lacayo que llevaba un cestito.

La Condesa tenía en sus brazos un pequeñísimo falderillo de larga y sedosa lana, verdadera miniatura de color blanco con manchas de fuego, oriundo de Méjico, y que hacía la admiración y envidia de los inteligentes.

— Hermosa amiga mia — dijo madame de Lerne — me habiais dicho que estabais enamorada de *Toby*..... Pues bien ; permitidme ofrecéroslo como prenda de amistad.

Madame de Maurescamp exclamó :

— ¡ Cómo ! ¿ Es posible, amiga mia ?

— Hacía ya mucho tiempo — continuó

madame de Lerne — que yo me preguntaba qué podría hacer para mostrar á una jóven y encantadora criatura como vos mi gratitud por vuestra bondad y vuestra fidelidad para esta vieja amiga..... Es tan raro..... que verdaderamente os estoy agradecida..... y me considero muy dichosa, os lo aseguro, de encontrar algo que pueda seros agradable.

Juana no recordaba claramente en qué circunstancia había manifestado ella esa pasión por *Toby*; pero, en fin, ella sintió el precio de aquel sacrificio que le habían.

— ¡ Ah, señora !..... ¡ querida señora ! — exclamó toda confusa — ¿ cómo aceptar este sacrificio ? Es tan bonito, tan extraordinario este pequeño animal..... ¡ Qué privación, Dios mio !..... y la preciosa cestita..... no en verdad.....

La jóven, en vez de acabar su frase, se echó al cuello de Mme. de Lerne, lo que hizo aullar á *Toby*.

— ¡ Vén, amor mio ! — dijo Juana co-

giéndole en sus brazos y llenándole de caricias.

Sentáronse las dos damas, y madame de Lerne, respondiendo con interes á las preguntas de Juana, le dió todas las instrucciones necesarias sobre la manera de cuidar, de alimentar y áun de curar á *Toby*.

Informóse despues de la salud de M. de Maurescamp.

— Pero en realidad, no sé por qué os pregunto de él..... no hay más que mirarle..... ¡una salud exuberante! Es un hombre de hierro; da gusto verle.

— ¿Y vuestro hijo, señora — preguntó Juana — cómo sigue?

— ¿Mi hijo?..... ¡Ah! él es otro género..... género delicado..... ya sabeis, naturaleza de artista..... ¡y siquiera no hubiese más que eso!

— Pero es un excelente hijo — dijo dulcemente Mme. de Maurescamp.

— ¡Oh! es muy cierto; como hijo, no puede serlo mejor, no se puede dudar de

ello..... Y decidme, querida mia, ¿estais libre mañana? Es mi dia, miércoles; ¿quereis venir á comer con nosotros?..... Allí encontraréis á vuestra amiga d'Hermany.....

— Con mucho gusto..... Creo que M. de Maurescamp no tiene ningun compromiso.....

— ¡Magnífico entónces, bien! Pues cuento con los dos.

Madame de Lerne se levantó como para retirarse; pero ántes hizo algunas caricias de despedida á *Toby*, y esto dió á madame de Maurescamp la ocasion de renovar sus muestras de gratitud. En fin, la frase que esperaba Mme. de Lerne, y que en caso necesario hubiera provocado, salió de los labios de Juana:

— ¡Dios mio! ¿qué podria yo hacer á mi vez para seros agradable?

Madame de Lerne se volvió bruscamente hácia ella, y mirándola con su amable sonrisa:

— Casadme á mi hijo — le dijo.

—¡ Ah! en cuanto á eso — exclamó alegremente Mme. de Maurescamp — es una empresa de la cual me reconozco incapaz.

—¿ Por qué? — contestó Mme. de Lerne en el mismo tono. — Al contrario, me parece que sois más capaz que nadie de conseguirlo.

Juana, sin responder, fijó en ella una mirada interrogadora.

—De véras, sí — continuó Mme. de Lerne. — Estoy segura de que sería más fácil que aceptára una mujer de vuestra mano, más bien que propuesta por cualquiera otra.

—Sin duda estais de burla, querida señora — murmuró Juana mirándola siempre con el mismo aire de sorpresa.

—No es broma, no..... Si tuvieseis una hermana que se os pareciera, creo positivamente que el negocio se arreglaría en seguida.

—Os aseguro — dijo Juana — que no os comprendo..... ¡ Pero si vuestro hijo apénas me conoce !

— Perdonadme..... os conoce perfectamente..... ¡ Oh! mi hijo es muy observador..... tiene gran perspicacia. Yo sé muy bien que os aprecia mucho..... No tengo que insistir en esto. Segura estoy de que en esta cuestion del matrimonio tendriais sobre él más influencia que nadie..... y si le recomendaseis alguna jóven de mérito..... una de vuestras amigas..... ¡ oh! sí, me parece que la aceptaria con los ojos cerrados.

—Pues yo no creo que conseguiria nada — exclamó Mme. de Maurescamp.

—Y yo en cambio estoy segura..... Haced la prueba y lo veréis.

Las dos se echaron á reir.

—Pensad en ello, os lo ruego — añadió la Condesa — os hablo seriamente..... Buscad entre vuestras amigas, entre vuestras relaciones..... ¡ Ah, me hariais un inmenso servicio !

—Lo malo del caso es, mi querida señora — replicó Mme. de Maurescamp — que vuestro hijo me causa un miedo espantoso.

— ¡Vamos! — exclamó la Condesa como sorprendida.

— Positivamente..... Tiene un aire tan burlon..... es tan mordaz, tan acerbo..... Y luégo.....

La jóven tuvo un momento de embarazo.

— Y luégo, que es un tronera, ¿ no es eso ?

— ¡ Dios mio, yo no sé !..... la verdad es que eso no me importa.

— Sí, es cierto, tiene muy mala cabeza. Pero como todos los de su estilo, tiene un corazon de oro. Y ademas es de un trato tan agradable..... ¡ Ah, qué buena obra harías, mi querida hija, si me ayudarais á arrancarlo de las garras de esa Lucy Mary..... porque ahora es Lucy Mary, ya sabeis !

— ¡ Ah !.....

— Sí..... de la Ópera..... la que hace de paje..... ¡ Es horrible, es espantoso, mi pobre hijo ! Ya algun dia sabréis de estas cosas con vuestro hijo..... En fin, tratad de casar al uno y me haréis un gran ser-

vicio..... Os repito que si álguien hay en el mundo que pueda hacer este milagro, sois vos..... ¡ Adios, querida mia !

La Condesa abrazó á la jóven, y ya desde la puerta, en el momento de salir, añadió:

— ¿ Le diréis dos palabras mañana por la noche, verdad ?

— Bueno, yo probaré — dijo Juana.

La Condesa de Lerne, muy satisfecha de su primera campaña, retiróse entónces definitivamente. No le faltaba razon para estarlo, porque por primera vez, desde hacia algunos meses, la imaginacion de Juana se ocupaba de otro hombre que monsieur de Monthelin. Habia comprendido muy bien lo que Mme. de Lerne, con sus insinuaciones y sus reticencias maliciosas, habia tratado de hacerle entender que tenía en Santiago de Lerne un ferviente admirador. Esta noticia la llenaba de sorpresa. ¿ Cómo ? ¿ Por qué ? ¿ Qué relacion habia entre los dos ? Ella no sabía explicárselo. Extendióse sobre una butaca, y

empezó á buscar en su recuerdo las ocasiones en que se habian encontrado las palabras que él la habia dirigido, su actitud para con ella, la expresion de sus miradas, como si quisiera encontrar en aquellos detalles algo que confirmára las misteriosas revelaciones de la vieja Condesa. Era muy cierto que ese jóven, alto, frio, espiritual y hastiado, le habia intimidado siempre mucho; ella se sentia disgustada é inquieta cuando se le acercaba en algun salon. Sin embargo, parecióle recordar que él la trataba con una especie de cortesía excepcional, no teniendo con ella las burlas sarcásticas que no dejaba de dirigir á las demas mujeres. Complaciase con la idea de ser respetada por aquel libertino. Evocó el recuerdo de su agradable fisonomía altiva y fatigada, de sus ojos penetrantes, de sus mejillas afeitadas y de sus largos bigotes caidos. Sonrió á la idea de tomar con ese personaje, terror de su juventud, un aire protector y maternal; mas parecíale que seguramente ella no se atreveria.

Cuando estaba entregada á estas imagi-
naciones, á la vez que acariciaba con su
blanca mano las grandes orejas de *Toby*,
abrióse la puerta y dió entrada á la hermo-
sa figura y á las patillas azuladas de mon-
sieur de Monthelin.

El pequeño *Toby*, que nunca habia vis-
to al tiburón de los salones, porque mon-
sieur de Monthelin no iba jamas á casa de
Mme. de Lerne, le tomó, sin duda, por un
malhechor, y dió pruebas claras de que,
sin embargo, no le temia. Saltó de las ro-
dillas de su nueva ama, y se puso fieramente
delante de ella, ladrando con todas
sus fuerzas, y enseñando los afilados dien-
tes á su enemigo. Nada desconcierta tanto
la entrada de un hombre galante en casa
de una mujer, sobre todo cuando tiene
pretensiones á sus favores, como un inci-
dente pueril de ese género. Juana de Mau-
rescamp, á pesar de sus esfuerzos para
contenerse, no pudo dejar de reir del con-
traste que ofrecia el aire amable que mon-
sieur de Monthelin no queria abandonar,

y la inquietud visible que le causaba la agresion de *Toby*. Así fué como *Toby*, cual si hubiera entrado en el complot de madame de Lerne, contribuyó humildemente á preparar el éxito. M. de Monthe-
lin, despues de aquel principio, comprendió que era imposible una escena de amor. Limitóse, pues, aquel dia á hablar melancólicamente del sentimiento en general, y se resignó á acariciar á *Toby*, ya que no podia extrangularlo.

V.

No sin cierta agitacion interior Juana de Maurescamp subió al dia siguiente en su cupé para dirigirse con su marido á casa de la Condesa de Lerne. Mucho la habia preocupado el traje y adornos que debia ponerse; despues de madura reflexion, habia determinado llevar un vestido serio, en armonía con la gravedad del papel que

aquella noche habia de representar. Llevaba sencillamente un traje de terciopelo color carmesí oscuro. Era lástima que sus brazos y sus hombros estuvieran al descubierto, en su chispeante desnudez. La jóven comprendia que la severidad de su aspecto disminuía un poco, mas no le era posible evitarlo.

En la mesa estuvo colocada á la izquierda de Santiago de Lerne, que á su derecha tenía á Mme. d'Hermany. Como su imaginacion se habia excitado algo por la idea de ese culto secreto que Santiago tenía por ella, no dejó de parecerle al principio que ese culto era, tal vez, un poco excesivamente discreto. Monsieur de Lerne apénas dirigia la palabra, y se dedicaba por completo á su vecina de la derecha. A falta de otra cosa mejor, Juana puso oido atento á su conversacion; entre otras cosas oyó que madame d'Hermany, despues de cambiar con Santiago algunas ideas más brillantes que verdaderas, le censuraba por su maligna costumbre de poner motes á todo el mundo.